



LOS NIÑOS.

(ARTÍCULO DEDICADO Á LAS MADRES.)

En el mundo está compensado todo. Al lado del mal se encuentra siempre el remedio, gracias á la prevision de la sabiduría divina.

Entre los grandes consuelos que la Providencia ha puesto á nuestra disposicion para endulzar y disminuir muchas veces los sinsabores de la vida, se encuentra el que nos proporcionan los niños.

Esos deliciosísimos seres á quienes no atormenta el recuerdo del pasado ni preocupa la idea del porvenir.

Esos encantadores pequenuelos que llenan el mundo con el perfume de su inocencia.

Esos ángeles sin alas, que desconocen el valor de las lágrimas y no pueden responder de la existencia de las penas.

El consuelo que los niños nos proporcionan es tan grande como verdadero, porque en los niños está fija constantemente la mirada de Dios.

Los niños lo embellecen todo con el tesoro de sus gracias.

A veces una sola palabra les hace prorumpir en llanto; pero es un llanto que, por lo general, se aplaca con la posesion de un juguete cualquiera.

Los niños rien con la misma facilidad con que lloran.

La tristeza de los niños no puede ser duradera, porque en la edad de la niñez se carece de la facultad de pensar, y el que no piensa no siente.

Los dolores del cuerpo no significan nada al lado de los dolores del alma, y los niños solo están sujetos á los primeros.

El más pequeño de los males del espíritu ha causado siempre mayores estragos que todos los padecimientos físicos.

¡Dichosos los niños, que no conocen las funestas consecuencias de las enfermedades del alma!

Los niños son verdaderamente felices.

El misterio que se oculta detrás del dia de mañana, la duda que forma á todas horas la abrumadora pesadilla de

la humanidad por el malestar que todos sentimos en presencia de lo desconocido, son cosas que carecen completamente de valor durante la edad de la niñez.

Para los niños no existe el día de mañana.

Los niños son felices porque no piensan, porque la conciencia no les grita, porque viven sin cuidados y sin ambiciones.

Son felices, porque no han empezado á luchar con el destino, ni penetrado las miserias de la vida, ni profundizado los abismos de la desgracia.

Son felices, porque su misma inocencia les hace serlo, porque se ven libres de la ponzoña de los remordimientos; y porque son los enviados de Dios para servir de consuelo en el mundo.

Los niños contribuyen poderosamente á hacernos agradable la vida.

Basta contemplarlos para experimentar interiormente esa dulce satisfacción que sentimos siempre en presencia de todo lo bello, de todo lo nuevo, de todo lo que nos brinda alguna esperanza.

Los niños alegran y regocijan, como regocija y alegra el sol de un hermoso día de primavera.

Para convencerse de la verdad que antecede solo es necesario dejar consignada la siguiente absurda suposición:

Fijémonos por un momento en la idea de que no hubiera niños, y decidme, lectores míos, decidme con franqueza: sin niños, ¿qué parecería el mundo?

¡Oh! el mundo sin niños causaría el efecto de un jardín sin flores, de un cielo sin estrellas, de una vida sin ilusiones, sin objeto y sin esperanza.

Sin los niños la existencia se arrastraría lánguida y monótona, porque los

niños son el bálsamo de nuestras penas, el recreo de nuestros ojos, el encanto de nuestros corazones.

¡Qué pequeña debe ser el alma de la persona á quien no gustan los niños!

Tratándose de un artículo titulado *Los Niños*, no he podido menos de escribirlo pensando en las madres, y por eso á las madres se lo dedico.

A las madres, para quienes los niños son el consuelo de los consuelos y la mayor de las felicidades.

¿Existe en el mundo alguna dicha que pueda ser comparada con la que experimenta una madre cuando cubre de amorosos besos al fruto de sus entrañas?

¿Qué madre, con solo pensar en sus hijos, no se conmueve y deleita en presencia de todos los niños?

Las madres, por otra parte, son las únicas que comprenden el extraño lenguaje de los niños, y las únicas también capaces de llevar las pruebas de su amor hasta el último límite, y su abnegación hasta el sacrificio.

Bien es verdad que el amor de las madres es un amor completamente desinteresado, un amor que no espera recompensa alguna; un amor, en fin, sin egoísmo, por lo cual se diferencia esencialmente de los demás amores de la tierra.

Por eso me dirijo á vosotras, cariñosas madres de familia, á vosotras que sois las encargadas principales de velar por vuestros hijos, y ya se sabe que los hijos son por lo regular el reflejo de los padres.

Me dirijo á vosotras para encargáros que no confiéis vuestros pequeñuelos á manos estrañas; educadlos vosotras mismas en el temor de Dios y en

el amor al prójimo, y conducidlos por el buen camino valiéndoos de la persuasión y del ejemplo.

Trabajad para que vuestros hijos sean dóciles sin humillacion, caritativos sin vanidad, religiosos sin hipocresía.

Tratad de destruir en sus tiernos corazones,—si llegara á presentarse,—la semilla de la soberbia, del egoismo, de la envidia, y de todas las malas pasiones que tan de sobra se encuentran por el mundo.

Habladles de Dios y de sus obras, procurando que jamás lleguen á sus oídos los ridículos sofismas de la filosofía moderna, que no tiene otro objeto que perturbar las conciencias y desquiciarlo todo empezando por destruir los lazos de la familia.

No olvideis tampoco grabar en la memoria de vuestros hijos la sublime doctrina del Crucificado, haciéndoles entender que sin las excelencias de la

fé y de la religion no hay sociedad posible, ni consuelo para las penas, ni esperanza en las tribulaciones.

Contribuid con amor y perseverancia á desarrollar su corazon y su inteligencia, y de ese modo conseguireis que vuestros hijos lleguen á ser honrados y leales, al mismo tiempo que útiles á su pátria y á sus conciudadanos.

Para ello tendreis necesidad de prescindir muchas veces—siquiera sea momentáneamente,—de vuestra natural bondad y de la inmensa ternura que atesorais para vuestros hijos; pero cuando estos entren en la edad de la razon tened por seguro que despues de bendeciros os agradecerán con todo su corazon vuestra pasada falta de condescendencia.

No olvideis que las madres, cuando se trata de sus hijos, deben pensar mas en el porvenir que en el presente.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

LOS TRES BANDIDOS.

Tres bandidos robaron y asesinaron á un comerciante que pasaba por un bosque con una gran cantidad de dinero y alhajas. Llevaron el robo á su cueva, y enviaron al más jóven de ellos á la ciudad vecina para comprar provisiones.

En cuanto se marchó, dijeron los otros dos:—¿Por qué hemos de repartir estas grandes riquezas con ese tunantuelo? Le mataremos apenas vuelva.

El ladron jóven, pensó en el camino para sí:—¿Qué feliz seria yo si todo ese dinero fuese

¡mio! Envenenaré á mis dos compañeros y me quedaré con todo él.—De que llegó á la ciudad compró las provisiones, echó veneno en el vino, y volvió al bosque.

Apenas entró en la cueva, saltaron sobre él los otros dos, y le atravesaron con sus puñales. Entonces se sentaron, comieron y bebieron el vino envenenado. Murieron á poco entre los más horribles dolores, y se encontraron sus cadáveres al rededor de los tesoros que habian amontonado.

B.



STABAT MATER.

(PARÁFRASIS.)

Allí, junto á la Cruz ignominiosa
De que el Hijo pendia,
La dulce Madre estaba lacrimosa,
La virginal María.

El alma suya en tono lastimero
Gemia contristada
Porque el dolor la traspasaba fiero
Con invisible espada.

¡Cuán triste se encontraba y afligida
La que fué por ventura
Madre del Unigénito escogida,
Del Dios rey de la altura!

¡Cómo su corazón, de angustia lleno,
Temblaba entre dolores
Viendo al ínclito fruto de su seno
Sufrir crudos rigores!

¡Cuál es el hombre que en acerbo llanto
Triste no prorumpiese
Si á la Madre de Cristo en duelo tanto
Sobre el Gólgota viese?

¡Quién contristada el alma no sintiera,
Presa de afán prolijo,
Si á la piadosa Madre visto hubiera
Dolerse á par del Hijo?

Y vió á Jesús herido, atormentado,
Entre penas sin nombre,
Á los azotes viles humillado
Por las culpas del hombre.

Y víctima le vió de crudo encono,
Paciente, moribundo,
Mientras el alma, de su Padre al trono
No fué desde este mundo.

Ea, madre de amor, de amores fuente,
Cuyo nombre bendigo,
Haz que mi pecho con dolor vehemente
Sufra y llore contigo.

Haz que en amor mi corazón se encienda
Por Cristo Dios inmenso,
Y á él subirá mi fé cual pura ofrenda
De deleitable incienso.

¡Oh santa Madre! Pídotte que hagas
Que en mi pecho se impriman
Del que pende en la Cruz las hondas llagas,
Y mi maldad rediman.

Y pues por mi elemento se ha dignado
Sufrir dolor cruento,
Comparta yo contrito y humillado
Su pena y su tormento.

Haz que tus puras lágrimas, Señora,
Mi corazón reciba;
Compadeciendo á Cristo, en quien adora,
Mientras latiendo viva.

Junto á tí quiero estar, sentir contigo
Al pié del árbol santo;
Y, de las ansias de mi Dios testigo,
Al tuyo unir mi llanto.

Virgen entre las vírgenes gloriosa,
Reina de tierra y cielo,
Oye mi voz propicia y bondadosa:
Llorar contigo anhelo.

Haz que de Cristo la afrentosa muerte
Guarde fiel mi memoria:
Sírname su pasión de herencia y suerte;
Sus heridas, de gloria.

Con esas hondas llagas siempre sea
Llagada el alma mía:
En la Cruz, por amor de Cristo, vea
Su gozo y su alegría.

Inflamado, encendido el pecho amante,
De virtud claro indicio,
Logre tu ayuda en el supremo instante
Del pavoroso juicio.

La Cruz, de adoración objeto caro,
Dé á mis fuerzas sustento:
En la muerte de Cristo encuentre amparo,
Su gracia me dé aliento.

Y cuando el cuerpo en la postrer jornada
Llegue á su fin preciso,
Goce el alma por tí la suspirada
Gloria del paraíso.

ANTONIO ARNAO.



LA ABUELITA.

La abuelita es la persona á quien mas debe querer el niño, despues de Dios y de sus padres, que deben ser los primeros en su amor. La abuelita es la que guia los primeros pasos del niño; es la que le da el alimento; es la que le cuida, la que le asea, la que le ama tanto como su misma madre.

La abuelita, en cuanto tiene un nieto, ya no se ocupa en otra cosa, ya no quiere mas que estar con su nieto, siempre con su nieto. En su avanzada edad soporta la fatiga como si tuviera treinta años menos; no duerme, no sosiega, todo por su nieto.

Estos sacrificios debe agradecerlos el niño, queriendo mucho y respetando mucho á la-abuelita, y no permitiéndose jamás la mas ligera burla, al ver las arrugas y las canas de la viejecita, y la papalina antigua que usa. Esa viejecita es una buena mujer, llena de afecto, de abnegacion, de virtud, que aprecia mas la vida de su nieto que la suya propia, y se la debe respetar hasta en sus rarezas, si las tiene.

Todos tenemos que llegar á abuelitos, todos tenemos que tener arrugas y el pelo blanco, ó la vida nos ha de costar.

EL EGOISTA.

Martin, que era un chico muy perezoso y muy egoista, encontraba siempre algun pretexto para no hacer un favor á nadie, ni á su mismo padre, el cual tenia un verdadero sentimiento, viendo aquel carácter tan poco simpático.

Un dia que el bueno del padre le reprendia por su falta de amabilidad y complacencia, el diablo del muchacho se expresó de esta manera:

—¿Y por qué he de hacer yo algo por alguien si yo á nadie le pido que haga por mí la menor cosa?...

—En primer lugar, contestó el bendito del padre, debes hacer lo que puedas por los demás, porque la ley de Dios nos impone el dulce precepto de amar al prójimo. Y además, ¿quién te ha enseñado, tonto, que puedes pasar tú sin el prójimo? Mas de cien personas, más de mil, están ocupadas en procurarte constantemente todo cuanto necesitas.

—¡Hombre! dijo con singular desparpajo el chico, que era de esos que ni se pican ni se corren; eso sí que no lo hubiera yo creído nunca.

—¿No? Pues mira, sin hablar de los servicios que recibes de tu madre y de tus criados en la casa, el lapicero que tienes en la mano te va á presentar la prueba evidente de que es verdad todo lo que te digo.

La plata de que está hecho se encuentra en las minas profundas de América, de donde la extraen miles de obreros, otros la pulen, otros la cincelan, otros la trasportan de un lado á otro, por tierra y por mar.

Los buques que van á buscarla están hechos de madera traída de Noruega, donde muchos hombres la han cortado, serrado, cepillado, etc., etc. Miles de carpinteros han construido despues el buque, otros muchos le han forrado de cobre. Este cobre, traído de lejanos países, ha sido trabajado por otros hombres, y puesto en disposicion de servir para forro del buque. Las velas y las cuerdas de este necesitan el cultivo del cáñamo, que ocupa á miles de hombres y mujeres; y por último, todo el hierro que hay en el buque, cadenas, anclas, máquina, etc., etc., han pasa-

do sucesivamente por innumerables manos, desde las del obrero que extrae el mineral de la tierra, hasta el herrero que le da la forma definitiva.

Y no te digo nada de los muchos hombres que dan provisiones para la tripulacion, y del trabajo que representa cada una de esas provisiones, y aunque omita asimismo mencionar una buena parte de la mano de obra necesaria para la confeccion de ese lapicero, al que tú das seguramente poquísimá importancia, puedes comprender, hijo mio, que necesitas el concurso de muchísima gente para procurarte cada una de las cosas que tienes precision ó gusto de usar.

Martin se quedó pensativo, y su padre continuó:

—¿Comprendes lo que todo eso nos enseña? Dios ha hecho del cambio mútuo de servicios la condicion necesaria de la existencia de las sociedades. El hombre solo no puede nada, y si se cogiera la palabra á los que como tú dicen que no tienen necesidad de nadie, bien pronto se les veria reducidos á la mas espantosa miseria.

—Pero todos esos hombres que trabajan para mí y para todo el mundo, dijo el pícaro del chico, que todavía no queria darse por vencido, reciben su salario...

—No por eso son menos importantes sus sacrificios, y si nos los negasen, de ninguna utilidad nos sería todo el dinero del mundo. Así, pues, no te niegues nunca á hacer lo que puedas por los demás, considerando que ese es el deber de todos en la sociedad.



EL HUERFANITO.

Solo, triste, á la puerta de la casa
 que le abrigó al nacer;
 lejos ya del cariño de su madre,
 que en el seno de Dios ruega por él;
 creyendo percibir entre las brisas
 ecos de una cancion,
 ¡con que, al morir la tarde, tantas veces
 su madre le arrulló...!
 sin encontrar á nadie que le quiera
 en el desierto hogar...
 llora, abrazado al cuello de su *amigo*,
 único defensor de su orfandad...!

.....

¡Solo en el mundo, á tu ignorada choza
 nadie podrá acudir...!

Tus gemidos se pierden en el valle...
 ¡quién velará por tí!

—
 ¡Reza, que la plegaria de los ángeles
 llega pura hasta Dios;
 reza, que si eres bueno, desde el cielo
 te dará proteccion...!

—
 Reza las oraciones que tu madre
 te enseñó á repetir,
 que en el seno de Dios ella amorosa
 ¡rogando está por tí!

RICARDO SEPÚLVEDA.

HISTORIA DE UNA AGUJA

CONTADA POR ELLA MISMA.

(Continuación.)

VI.

UNA DIABLURA.

El día siguiente era ya la hora de empezar la costura, pero mi señora doña Juanita no parecía; había encontrado un buen pretexto para eludir el trabajo en la visita de su amiga Rosa, otra niña de más edad que mi aturdida dueña.

Permanecí, pues, clavada en la almohadilla, curiosa de ver lo que hacían aquellos niños tan traviosos. Los niños, menos el Carlitos, que dormía en su cunita mecida con acompasado movimiento por Rafaela, bajaron al salón acompañados de su amiguita Rosa.

—Niños, les dijo la mamá, tengo que hacer fuera de casa, y os voy a dejar solos. Vamos á ver cómo sois buenos y teneis juicio. Jugad con seso y sin hacer ninguna diablura; no me deis luego un disgusto, que ya me dais bastantes. Tú, Pepito, no toques al tintero; tú, Juanita, ten cuidado de lo que hace tu hermano, y tú, Rosa, que eres la más razonable y juiciosa, cuida de tus dos amigos.

Los niños, es claro, prometieron ser muy buenos, ser unos santos, y no hacer nada que pudiera disgustar á su mamá; ésta les abrazó y salió.

Juanita y su amiga, tendidas en el diván, empezaron una importante conversacion; pero no tardó Pepito en llegar á interrumpir su conferencia, plantándose delante de ellas y diciendo:

—Vamos á ver, ¿no quereis jugar conmigo?

—No podemos, Pepito, contestó Juanita con cierta dignidad; ¿no ves que estamos ocupadas? Juega tú solo.

El niño se apartó poco satisfecho, y se dirigió á la vidriera y allí se estuvo lo menos tres minutos con las narices pegadas al cristal.

Al separarse de la vidriera vió el vapor de su aliento estendido sobre el cristal, y con el dedo empezó á dibujar geroglíficos más indescifrables que los que se ven en Egipto. Pero cuando estaba en esta operacion tropezó con la cortinilla y se creyó autorizado á divertirse deshilachando muy bonitamente el fleco.

—¡Pepito, Pepito! exclamó Juanita, viendo muy tarde ya el género de diversion en que se entretenia su hermano; vén aquí, no hagas eso.

Y añadió luego, mientras Pepito se dirigia saltando y brincando al otro lado de la habitacion:

—Es el chico más malo que te puedes figurar, Rosa. Figúrate que le ha arrancado todo el pelo á doña Basilisa.

—¡Ay! ¿Y quién es doña Basilisa?

—Es una muñeca; la muñeca que me regaló Jorge esta Navidad.

—Hija, observó filosóficamente Rosa, los hermanitos siempre nos dan muchos disgustos á las hermanas.

—No dirás eso por mi hermano Jorge, repuso Juanita. Cuando Jorge está en casa entonces sí que estoy yo contenta. Mira, el sábado viene; ya estoy

yo deseando que llegue el sábado.

Y Juanita comenzó á hacer un gran elogio de su hermano, de su bondad, de su talento, de su generosidad, y de sus mil y mil cualidades, y unido este elogio al que antes habia hecho la mamá, entré yo en deseos de conocer á aquel jóven tan lleno de talento y de virtud, segun decian su madre y su hermana. Y en aquel momento recordé lo que el Dedal me habia dicho acerca del oro, de ese metal pesado y precioso, dotado de la asombrosa facultad de unirse en mínimas partículas á los más diversos objetos, á los libros, á los cuadros, al cristal, al papel, á todo.

—¿No habrá, pensaba yo, tambien en la familia humana algo análogo?... Ese algo llamado virtud, tan brillante y tan precioso como el oro, ¿no tiene tambien la propiedad de unirse en mínimas partículas á los actos de la vida vulgar para comunicarles su brillo, su riqueza, su belleza?...

Iba á hacer una comparacion que, siendo de una aguja, no podia menos de ser picante, cuando Pepito distrajo mi atencion con otra diablura de las suyas. Mientras su hermana, en lugar de cuidar de lo que hacia el chico, segun le habia encargado su madre, continuaba su conversacion con Rosa, Pepito habia cogido una silla, se habia subido en ella, y se habia apoderado de un instrumento colgado en la pared, que luego supe se llamaba termómetro. Subido en la silla le contempló un momento con muda admiracion; despues alargó la mano y cogió la pequeña bola de cristal brillante como plata que formaba la base del instrumento, luego tiró poco á poco, y luego... algo grave pasó, porque le ví bajarse de la silla mas que de prisa, y ponerse á cua-

tro piés con las narices contra el suelo, en la actitud de un chico que busca alfileres. La bola habia saltado de su sitio, y se veia claramente una fractura en el tubo de cristal, cuya base formaba. No habia duda que Pepito habia hecho una nueva diablura. Sin embargo, arrodillado pasaba la mano por el suelo procurando cojer algo que se le escapaba, y el enemigo del muchacho se reia á carcajadas.

—¡Ay! parece que está vivo, decia; corre, corre, y cuando se le va á cojer se escapa...

Luego, abriendo la boca, pegaba la cara al suelo, y trataba de humedecer con sus lábios el objeto misterioso que huia entre sus dedos. De repente sonó un grito de terror; era la mamá que desde la puerta del salon, habia comprendido á la primera mirada lo que pasaba.

—Pepito, hijo mio, no toques á eso; por Dios, que es un veneno, que es mercurio.

Y temblorosa, aterrorizada, la pobre madre cogió al niño, le estrechó en sus brazos, y le besó llorando.

—No lo volveré á hacer, murmuró el chico, gimoteando como de costumbre.

A todo esto Juanita y su amiga se habian acercado bastante confusas; la mamá no pudo ocultar su descontento, y dijo á Juanita con amargura:

—Juanita, ¿no te dije que tuvieras cuidado de lo que hacia tu hermano? Si tardo un momento en venir, tu descuido hubiera costado la vida á tu hermano.

VII.

EL MERCURIO.

En cuanto se me presentó ocasion,

procuré yo saber qué clase de metal extraordinario era aquel que había estado á punto de hacer tanto daño. Yo le había creído plata hasta que le ví rodar en pequeños glóbulos por el suelo. La señora le ha llamado mercurio; ¿es por casualidad, pregunté á la Tijera, pariente de la plata?

—¡Pariente! repitió con asombro la Tijera. ¡No es mal pariente!... si pudiera destruirlo todo... Es un vecino muy peligroso.

—Peligroso para los metales y para el hombre, añadió el Dedal. Tiene el poder de disolver el oro, y dirigido contra el hombre, hace en él el efecto del veneno mas destructor.

—¿Y cómo se hace uso de él, si es tan peligroso?...

—La razón humana, ayudada de la experiencia, saca gran provecho de las sustancias que son mas peligrosas. El mercurio sirve para preparar medicamentos útiles.

—¡Qué cosa tan extraña! exclamé yo, medicina y veneno, salud y muerte, todo en la misma sustancia. Pero el mercurio ¿es siempre líquido como en el termómetro?

—No, replicó el Dedal; mezclado con otros metales pierde su movilidad y se hace sólido. Ese espejo que se ve desde aquí, cuya brillante superficie refleja todos los objetos, ¿á qué debe su belleza? A una amalgama de mercurio y de estaño aplicada al cristal.

—Sí, dijo la Tijera, que no dejaba escapar la ocasion de criticar, buen servicio hacen los tales espejitos, que son los complacientes auxiliares de la coquetería y la vanidad de las mujeres. ¡Cuánto tiempo pierden, que no perderian, si no pudieran mirarse al espejo! Así tienen tanto amor á ese

confidente adulator de su belleza.

—Pues yo sé de una coqueta, dijo el Dedal, que no tuvo muchos motivos de agradecimiento á ese metal. Hallábase visitando una mina de mercurio, y era el caso, que la buena mujer tenia costumbre, para parecer mas blanca, de pintarse el rostro con blanquete. Entró la pobre blanca como un lirio en la mina, y salió mas negra que la pez. Este es el efecto de los vapores sulfurados ó azufrosos que se desprenden del mineral expuesto al fuego.

—¿Cómo? ¿tan rápido y tan funesto es el efecto?...

—¡Oh! el del mercurio es todavía mas funesto para los pobres mineros destinados á extraerlo. No pueden soportar mas de seis años este terrible trabajo.

Satisfecha mi curiosidad en este punto, aun tenia deseos de saber otras cosas.

—Y ese instrumento colgado en la pared, con su bola de cristal llena de mercurio, rota tan desgraciadamente para Pepito, pero tan afortunadamente para mí, que tan deseosa estoy de instruccion, ¿para qué puede servir?

—Ese instrumento, me respondió el Dedal con su acostumbrada amabilidad, se llama termómetro, y sirve para medir y señalar el grado del calor y del aire.

—No comprendo bien ese fenómeno.

—Hé aquí en dos palabras toda la historia. La naturaleza del mercurio le hace dilatarse en cuanto se le expone al calor. En el orificio superior de la bola hay un tubo de cristal estrecho y largo. Dilatado por el calor el mercurio, no puede permanecer en la bola, donde ya no cabe; sale, pues, por la entrada del tubo, y sube, sube, sube á

una altura proporcionada á la fuerza del calórico. Así es que sumergido en agua, que entra en ebullicion, sube á una altura fija y determinada; metido, por el contrario, en hielo, baja hasta un límite igualmente determinado. Trazando cierto número de divisiones llamadas grados, entre esos dos límites, se obtiene una escala gradual del extremo calor al extremo frio, y se advierten con rara y fiel exactitud todas las variaciones de la temperatura.

—¿Y el mercurio tiene la propiedad de solidificarse?

—Al dueño de la tienda donde estuve yo largos años esperando comprador, le oí decir que habia visto mercurio helado, á tal extremo, que se pudo hacer de él una medalla.

—Y sin duda aquella medalla, metida en el bolsillo, al cabo de no mucho

tiempo se desharia en pequeños glóbulos como ahora poco el mercurio contenido en la bola, en las manos de Pepito, ¿no es verdad?

—Presumo que sí.

—Y el medio de fijar un metal tan inquieto, es hacer una... no me acuerdo ya cómo se llama esa mezcla...

—Una amalgama.

—Eso es, una amalgama. El espejo contiene una amalgama de mercurio y estaño.

—Como quien dice, la energía unida al buen sentido, dijo el Dedal, que era muy amigo de las comparaciones filosóficas.

—Con lo cual se produce la *reflexion*, añadió la Tijera, que no desaprovechaba momento de mostrarse marisabidilla.

(Se continuará.)

LO QUE PUEDE UNA MUJER.

(CONTINUACION.)

II.

HISTORIA DE UN MAESTRO DE BAILE.

Al fin se acostumbró Rosita á la vida del colegio.

La niña hacia todo aquello que le daba la gana; la directora, cansada ya de reprenderla, y teniendo en cuenta las instrucciones de los padres, que tanto le habian encarecido la conveniencia de no tratar con rigor á su nueva educanda, tomó la resolucion de dar gusto á los padres y á la hija, temerosa de que si la trataba con la justa severidad que merecia, podia muy bien la niña quejarse al papá, y este llevarse á otro colegio ó á su casa.

Rosa adelantaba muy poco.

Como no tenia nada de tonta, no tardó en aprender el francés, á fuerza de oirlo hablar á sus compañeras, pero en cuanto á costura, bordado y demás labores que toda niña, rica ó pobre, debe aprender, no era posible hacerle cobrar maldita la aficion, y una vez porque se la perdía el dedal, y ella no queria coser teniendo puesto otro que el suyo, otra vez porque se habia clavado la aguja, *sin querer*, otra porque le daba un dolor muy grande en el estómago —una mentira, por supuesto,— siempre hallaba la niña medio de eludir la tiranía de la costura.

Para lo que no estaba nunca indispueta era para bailar, y era ella siempre la primera que se presentaba cuando oía los primeros acordes del violín del maestro, un italiano muy relamido, flaco lo mismo que un espárrago, con unos pelos que le cubrían por completo el cuello de la levita, y una nariz tan afilada que propiamente era como la punta de una lanza, y unas piernas tan flexibles, ligeras, sueltas y ágiles, que el hombre parecía montado sobre alambres...

El pobre maestro de baile era una ruina, sin embargo, una ruina del arte coreográfico.

Aquel hombre, parecía mentira, había estado en íntimas relaciones con la Gloria, esa deidad cuya protección solicitan todos los artistas, y que solo se digna proteger á muy pocos.

El Sr. Ernesto Papilloni, que así se llamaba el maestro de baile, había sido una primera figura en la grande Opera de París.

En aquella escena había dado él sus mejores brincos y sus mas artísticas zapatetas.

Allí había representado él dignísimamente al famoso *Medoro*, y había causado profunda emoción al ilustrado público, sosteniendo tiernísimos diálogos pedestres con la sin par *Angélica*, que no era otra que la esposa del *signor* Papilloni, una artista también de primera fuerza, y muy acostumbrada á andar en un pié como las grullas, y con un dedo grueso en cada pié, mas firme que una columna del Partenon.

En aquellos felices tiempos, Ernesto Papilloni era la influencia mas poderosa del Estado. La grandeza se disputaba su presencia, y la casa que tenía la fortuna de que la interesante pareja la

favoreciese con un *pas de deux* siquiera ya podía considerarse una de las mas envidiadas y afortunadas.

Llovian sobre él los regalos y las cartas autógrafas de los principales personajes de la corte, y ministro hubo que presentó su dimisión por no haber querido S. M. firmarle la concesión de la Legion de honor para el gran artista Papilloni; y cuando él y su mujer se presentaban en el Bosque de Boloña en su landau amarillo tirado por cuatro caballos, todos los paseantes se exponían á una pulmonía á consecuencia de quedarse con la boca abierta, asombrados de ver aquellos dos seres privilegiados que se dignaban bajar al paseo como simples mortales en un tren tan sencillo como el de cualquier emperador de poco mas ó menos.

Era tal la importancia de aquella pareja artística, que él tenía un secretario y ella tenía otro, los que se ocupaban en arreglar las audiencias, entenderse con los empresarios, contestar á las cartas remitiendo regalos, etc., etcétera.

Pero ¡ay! todo pasa en este mundo y la gloria de los bailarines pasa mas pronto que todo.

La naturaleza no transige con nada ni con nadie.

El tiempo no respeta á la dama joven ni al galán amoroso, que quieren hacer en el teatro eternamente papeles de zagales enamorados, y todavía respeta menos á los bailarines.

La pareja Papilloni empezó á sufrir los rigores del tiempo. Él empezó á enfaquecer y ella empezó á engordar, con gran satisfacción de otras parejas de gran mérito, aunque no tanto, envidiosas de la gloria europea de aquel felicísimo y aéreo matrimonio.

Papilloni y su mujer se miraban todos los días al espejo con terror y espanto. La cara redondita, bonita, del marido, con su bigotito finito y suave, se iba alargando, y también se le iba alargando y afilando la nariz, de manera que cuando sostenido en el pie izquierdo inclinaba el cuerpo y levantaba la pierna izquierda á una altura inverosímil, no parecía sino que iba á clavar la punta de la nariz en el suelo, y hacia tan deplorable efecto aquella punta saliente en su rostro, que ambos cónyuges convinieron en que debía procurar siempre bailar de frente para disimular aquella protuberancia inconveniente.

Pero al mismo tiempo que se alargaba y se afilaba la nariz del artista coreográfico, crecía y ensanchaba la cintura de su mujer; no podía sucederle cosa peor á una bailarina, y grandes tribulaciones pasó aquel simpático matrimonio al advertir que la naturaleza les avisaba sin piedad que ya bastaba de baile, que ya debían pensar en retirarse á buen vivir, y dejar las glorias de la escena para otros más jóvenes.

La buena estrella de los Papilloni se eclipsaba rápidamente, y horas de indescriptible amargura pasaban, Papilloni mirándose de perfil al espejo y su señora probándose corsés, cinturas y todo linaje de aparatos, propios á contener el desarrollo amenazador de la cintura; pero todo era en vano: la naturaleza no retrocede fácilmente, y la pareja mimada del público empezó á ser recibida con cierta indiferencia; y una noche que el bailarín, en un raptó de entusiasmo artístico, hizo una airoso figura y puso la cara de perfil, llegó á sus oídos una significativa carcajada del público, tan ilustrado como ingra-

to, que no pudo contenerse al ver en la cara del artista aquella afilada lanza... Aquella noche murieron todas las ilusiones del artista, y el día siguiente rescindió el contrato con la empresa.

Por entonces había recibido proposiciones de un empresario de América, que le ofrecía por ir á bailar acompañado de su pareja en el Nuevo-Mundo, una enorme cantidad, asegurándole el pago por adelantado y con todas las ventajas imaginables. Al Nuevo-Mundo había llegado la fama de la pareja, y el empresario suponía segura la ganancia si lograba contratar á los esposos Papilloni.

Estos decidieron ir á América y pusieron por condición recibir el precio del contrato el día de su llegada, cuya condición aceptó el empresario.

Durante este tiempo, él siguió enflaqueciendo y ella siguió engordando, y en los veinte días de la navegación con rumbo á América, todavía se quedó él más flaco y ella se puso más gorda.

Cuando llegaron á América, á la gran ciudad donde debían hacer ostentación de sus gracias y sus méritos, vieron por todas las esquinas grandes carteles anunciando la llegada de la pareja Papilloni, ilustrados con una hermosa litografía, que representaba nada menos que el *paso stirio*, bailado por los dos famosos artistas; pero ¡ay! las dos figuras litografiadas eran un hermoso manco gentil, esbelto, proporcionado, y una donosísima doncella, airoso, delgadita, con una cintura aérea..., en fin, aquellas dos figuras eran todo lo más opuesto al original que puede imaginar el discreto lector.

(Se continuará.)

LOS NIÑOS PRECOSES.



El papá es un pintor célebre, que está haciendo el retrato de una gran señora... Ha salido un momento, y mientras, Adolfo, para que vea papá la afición que tiene á la pintura, está poniendo á la pobre señora unos bigotes algo inconvenientes, y la hermanita le tiene la paleta para que el *artista* pueda dedicar las dos manos á tan bella obra.

Cuando venga papá será milagro que no haya azotes, y un par de horas de cuarto oscuro.

LA VIRGEN DE LA PALOMA.

Enfermo se encuentra el niño,
y su madre, que le adora,
vierte lágrimas amargas
y no sale de su alcoba.
En vano de la botica
apuró todas las drogas;
en vano del arte médico
se agotó la ciencia toda;

nadie puede dar la vida
á aquella flor que se troncha,
á aquella luz que se extingue,
y que merma hora por hora.
Se duerme; la calentura
le rinde al fin y le postra;
la madre afligida entonces
toma una vela, llorosa,

LOS NIÑOS PRECOCES.



Ahi tienen Vds. á don Juanito y á su hermanita la señorita doña Rosita; él ha cogido el sombrero de gala y el baston de su papá, que es un general con unos bigotazos tremendos; ella se ha puesto el vestido de su hermana mayor y ha cogido el abanico de mamá, y ahí van los dos, segun dicen, á Palacio á un baile; pero ellos no son como los papás, que cuando van á Palacio dejan á los niños en la camita, sino que tambien llevan al niño, que es el gato, quien no vá muy de buena gana, porque le han quitado de dormir cuando estaba en lo mejor del sueño.

Lo bueno será cuando papá vea su sombrero de gala y su baston de mando en tan profanas manos, y la mamá encuentre su abanico de más valor en grave peligro.

y se encamina á la Virgen,
la Virgen de la Paloma.

—He tenido un sueño, madre,
que mis sentidos conforta:
soñaba que se acercaba
á mi lecho una señora,
vestida de negro el cuerpo,
la frente de blancas tocas;
y cogiéndome las manos
entre las tuyas hermosas,
—«Vive, niño, me decia,
vive, tu madre te adora;»
y me besaba la frente...
¡Bendita sea su boca!

Ya está bueno el niño; juega
y corre la casa toda;

su madre le lleva al templo.

—Hijo, las rodillas dobla,
y dá gracias á la Virgen
porque la salud te torna.
—Sí haré; ¡ay, madre, es ella, es ella!
—¿Quién es? —Aquella señora
que cuando yo estaba enfermo
fué á visitarme á mi alcoba;
la que tomando mis manos
entre las tuyas hermosas,
—«Vive, niño, me decia,
vive, tu madre te adora;»
la que me besó en la frente...
¡Bendita sea su boca!
—¡Bendita sea la Virgen,
la Virgen de la Paloma.

NARCISO SERRA.